

sultados morales que nos proponemos, dirigiéndonos á las facultades intelectuales.

Para la consecución de nuestro propósito, obraremos siempre en consonancia con los principios que dejamos establecidos, y procederemos en todo con sinceridad é indulgencia.

A la vez que no huiremos la controversia juiciosa y razonada, si á ello se nos invita, si desoirémos los insultos y diatribas de que por nuestro mal pudiera hacérsenos blanco: nuestro objeto no es romper lanzas con nadie, sino contribuir con las pequeñas luces de nuestro "Faro", á disipar las tinieblas de la ignorancia y de la impiedad. Para este fin llenaríamos de preferencia nuestras columnas, con lecciones que difundan la pura luz que surge de la palabra de Dios.

Teniendo en cuenta el objeto que se lleva al establecerse un "Faro," pondremos con el nuestro de manifiesto, las rocas y los escollos espirituales, y haremos ver cuál es la entrada segura al puerto del descanso eterno. Será en suma, nuestro constante anhelo, y nuestro más ferviente deseo, promover la salvación de los hombres, impidiendo el naufragio de sus almas.

Sin otra mira que la indicada, suplicamos á la ilustrada Prensa mexicana, nos conceda la satisfacción de ver que se digna fraternizar con el "Faro", cuya visita le enviamos, esperando le sea correspondida.

REFLEJOS LITERARIOS.

El muy Honorable Señor William Ewart Gladstone.

El literato que nuestro grabado representa, es en la actualidad, uno de los hombres más prominentes de entre los que hablan el idioma Sajon. Puede asegurarse que, con excepción de Bismark, no hay nadie que como él esté al tanto de cuántos asuntos atañen al mundo civilizado. Dotado de una alma sana en un cuerpo sano, á la vez que de un gran corazón, el rajador de leña de Hawarden no solo ha hundido con un hacha el tronco de corpulentos árboles, sino que también ha echado por tierra á un poderoso partido, juntamente con su jefe encaramado en la más elevada de sus ramas.

El Sr. Gladstone, nació en Liverpool, en 1809. El Sr. su padre, John Gladstone, era descendiente de una familia escocesa; pero fué desde joven á establecerse á Liverpool, en calidad de dependiente de una casa de comercio. Debido á su laboriosidad, caminó con buen éxito, y aún llegó á obtener un asiento en el Parlamento. Tenía también una casa cerca de Brechin, en Escocia, dónde en aquella época residía el Dr. M' Cosh, quien dice que en sus paseos por el campo, encontraba con frecuencia á un apuesto joven con un libro en las manos. En breve supo que éste no era otro que el hijo de Sir John, recién llegado de la universidad de Oxford, en dónde se había hecho acreedor á distinguidos honores. A los veintitres años de edad, nuestro biografiado, fué á su vez al Parlamento, representando á Newark. Desde entonces, y por espacio de cincuenta años, el Sr. Gladstone ha sido constantemente observado por el público. Puede decirse que ahora es cuando ha llegado á su mayor altura, pues en los trabajos electorales que emprendió en Escocia el último invierno, tuvo ocasión de lucirse pronunciando discursos que, sin disputa, son obras de oratoria de las más acabadas de estos tiempos.

La primera vez que él que esto escribe, oyó á Gladstone, fué en el verano de 1857. Ocupaba un asiento, en la Cámara de los Comunes, atrás del famoso Palmerston, y no lejos del diminuto Conde John Russell, que era entonces Lor. El discurso de Russell, fué breve, pero pulido y gracioso. Al

salir, no pude menos que decirle á un amigo: «Gladstone nos trae á la memoria á Henry Clay, por las figuras retóricas de que se vale para fascinar con su discurso.» En aquellos tiempos solía hablar hasta cinco horas, con motivo del presupuesto de los gastos de Estado, dando á sus peroraciones un encanto oratorio de tal naturaleza, que á pesar de lo árido del asunto, hacía resaltar en él imágenes de poesía. Cuando Garibaldi intentó casarse con una Señora Italiana, se hizo la objeción de que el héroe de la túnica roja, tenía una muger legítima. «¡Bah! contestó un agudo inglés, «bien podrá Garibaldi salirse con la suya, con tal de que Gladstone lo patrocine.»

En 1872 vi á Gladstone la segunda vez; era entonces primer Ministro de Inglaterra, y se ocupaba de las negociaciones entabladas con nuestro país con motivo del desagradable asunto del «Alabama.» En los quince años que iban transcurridos, había adquirido física y moralmente un desarrollo mayor. Su espaciosa frente, anchura de pecho, magestuoso talante y voz sonora, me hicieron recordar á Webster, el admirable tribuno. Al acompañarlo en su almuerzo durante una hora que me fué grata en extremo, quedé grandemente sorprendido con sus modales finos, indicio de su probidad, y con la piedad cristiana que en todo manifestaba. Desde la muerte de John Hampden, no se había vuelto á ver en Inglaterra, entre sus hombres de Estado, otro de una conciencia tan recta como la de Gladstone.

Cuando lo felicité por su vigorosa salud, y el mérito de sus trabajos, me dijo que debía lo primero á dos ó tres reglas que cuidadosamente practicaba, y que eran: el evitar siempre el exceso en la comida; hacer mucho ejercicio muscular con el hacha, y no permitir que nada le interrumpiese el sueño. «Cuando cierro las puertas de mi dormitorio,» agregó, «dejo en el dintel los cuidados del Estado, y todo lo demás que pueda preocuparme.» Me refirió que en su vida solo una cosa lo había desvelado una noche entera, y esta fué que una tarde hallándose ocupado en derribar un árbol en el parque de su cuñado Mr. Lytton, situado en Hagley, había suspendido su operación, obligado por la oscuridad de la noche, y el temor de que pudiera caerse, le había ahuyentado el sueño!

Mr. Gladstone ha tomado una parte activa últimamente, en las discusiones religiosas. Su primera obra ha sido la titulada «La Iglesia y el Estado,» que ha alcanzado tan justa celebridad. Ha vivido para hacerse uno de los gefes del partido liberal, y también uno de los que trabajan por abolir el establecimiento de la Iglesia episcopal de Irlanda. En contra de la gerarquía papal, ha blandido también su cortante hacha argumentativa, asestándole golpes poderosos. Muchos de nuestros lectores habrá que hayan tenido ocasión de ver su famoso folleto escrito en contra del «Vaticianismo,» así como también su cordial artículo acerca de la América, publicado el año pasado, y que lleva por título «Nuestro parentesco de más allá del Mar.» Tiene por la América y los Americanos una pronunciada y sincera simpatía. Durante nuestra guerra civil, formó un juicio erróneo sobre los acontecimientos; pero sin que á ello lo hubiera inducido ningún principio de celo, ó de mala voluntad para nosotros.

Mr. Gladstone es un hombre en extremo piadoso; pero á la vez indulgente y tolerante con los que con él disienten sobre ese particular. En la última campaña electoral, los Presbiterianos, y los Non-Conformistas, le han prestado un eficaz apoyo inmenso entusiasmo, porque tienen fé en él. Se cuenta que estrañando un día no ver al barrendero de la calle en frente de su puerta, se informó del lugar en donde vivía, y fué á hacerle una visita. El barrendero la refirió diciendo: «El Sr. Gladstone se arrodilló al lado de mi pobre lecho, é hizo una oracion por mí» Solo Dios envía hombres de Estado como éste!

La Señora su esposa, (hija del último Sir Stephen Glynn del Castillo de Hawarden,) es una dama noble é inteligente. Cuando hablé con ella, me comunicó con el mayor entusiasmo, cuáles eran sus proyectos re-

lativos á la práctica de la caridad cristiana. Uno de sus hijos, el Reverendo Stephen Gladstone, es el rector de Hawarden, y otros dos de ellos son miembros del Parlamento.

El Castillo de Hawarden, es un bello edificio antiguo con almenas de cantería, fabricado hace cien años. Esta ubicado sobre el Dee, á seis millas de la ciudad de Chester. En el espacioso parque que rodea al Castillo, el gran hombre de Estado halla complacencia en recrearse paseando y haciendo ejercicio, con su hacha, del mismo modo que Daniel Webster, que á su vez se entretenía saliendo con su escopeta y su caña de pescar en «Marshfield.» Se le está presentando á nuestro biografiado, una ancianidad llena de vigor y gloria; hagamos votos porque en ella pueda dar cima á sus más nobles tareas en bien de la verdad y del progreso cristiano; de la libertad religiosa en el Oriente; de la paz internacional, y de los intereses de la causa y del reino de Jesus.

REV. T. L. CUYLER.

El Legado de Paz.

NUESTRO bendito Señor, antes de sufrir la agonía final en la Cruz, hizo su Testamento. En la bolsa de su humilde traje, no tenía que legar ni un solo siclo de plata, ni un denario. No había aquella noche un hombre más pobre en toda Jerusalem. Pero, no obstante, dejó una legado que vale más que todos los que pueden ofrecer los mercados del mundo; una donación más rica que la que el César pudiera legar á los herederos imperiales. «La Paz os dejó.» Una paz semejante á la que El había poseído entre persecuciones y bofetadas innumerables, entre la pobreza y la deshonra, y semejante á la que llenó su alma divina en vista del Getsemani y del Calvario. «Mi paz os doy.» El don es tanto más estimado, si ha pertenecido á nuestro amigo más querido, si se une á nuestro recuerdo de El para siempre. El don de nuestro Señor es el de su propia «paz,» la cual había residido en su mismo corazón divino, y se derrama en los corazones que se abren para recibirla. Es la paz que sobrepaja á todo entendimiento, que guarda el corazón de perturbaciones molestas, de dudas afflictivas, y de pretensiones ansiosas con respecto al juicio venidero. Esta sana las heridas, y liberta de dolores.

Rodeado por los clamores del mundo bullicioso, oponiéndose á sus fraudes despreciables, se levanta un Personaje augusto, que con una tranquilidad divina hizo la promesa profundamente amorosa «mi paz os doy; no como el mundo la da, yo os la doy.» El procedimiento de Cristo es contrario al usado por el mundo, y por el padre de la mentira. Cristo da la paz para sanar las enfermedades del alma. En lugar del expediente perverso de hacer esfuerzos para satisfacer deseos ardientes y malvados, los excluye é introduce las fuentes nuevas del gozo. La falsa paz del mundo comienza por la ilusión, continúa en el pecado y acaba por la perdición. La paz de Cristo, comienza por la gracia que perdona, continúa por la confianza tranquila, y acaba en la gloria.

«Mi paz» en este mundo se halla como el preludio de «mi gloria» en el mundo futuro. Abre tu alma al río que corre á ella mientras que cantas alegremente

Paz perfecta en tu reino;
Todo tuyo, nada mio;
Corriente sin cesar,
Tan divina es la fuente.
O, abismos tan ignotos,
De lo tuyo me has dado
Dándome tu plenitud.

Jesus es el que llena la primavera espiritual en el alma. Cuando El viene, viene con El el dulce canto de los pájaros. El es el Sol de justicia que cambia en Mayo el Enero. Realmente, mis queridos hermanos, debemos, cada uno de nosotros, entender que Dios concede á todos sus hijos, que ellos hagan sus propios calendarios. Tendremos siempre una primavera durante todo el año con las flores, las frutas, y las canciones de los pájaros si solo vivimos en los rayos luminosos del rostro de Cristo; nuestros dolores se hacen más agudos por nuestros lechos. Cerramos nuestros corazones á las alondras de Dios, y damos

entrada á los murciélagos y las lechuzas de la perversa incredulidad. Estos pájaros ominosos se pierden de vista cuando el alba de lo alto visita nuestras almas.

Dios ofrece llenar nuestros hogares y nuestros corazones de gozo y alegría, si queremos dejarle á El que lo haga. No podemos crear los canarios; pero podemos proveer las jaulas para ellos, y así llenar nuestras casas de música. Del mismo modo no podemos crear los dones celestiales que Jesus nos ofrece; pero son nuestros si proveemos el lugar para ellos. Los pájaros de la paz, del contento, de la alegría y de la alabanza, volarán dentro bastante aprisa, si solo llamamos á Jesu Cristo, y abrimos las ventanas de nuestras almas para la venida de El.

REV. T. L. CUYLER.

Cristo vive en mí.

LA frase del Apostol: «Yo estoy crucificado,» sobresale entre las muchas que la acompañan, como puede sobresalir una selecta flor en un ramillete; un brillante cristal en un mueble en que haya muchos, ó una fulgurante estrella en una constelación. Se halla así mismo asociada á una preciosa série de verdades evangélicas. (Vease Gálatas 2; 20.)

«Yo estoy crucificado.» Yo, el que escribo estas palabras, soy un hombre crucificado. He sido acusado, prendido, juzgado, convicto, condenado, y clavado de pies y manos en el árbol de la cruz!

«Yo estoy crucificado con Cristo,» en compañía de Cristo, habiéndolo él sido en Jerusalem, á mil quinientas millas ó más de aquí, y yo en mi casa en compañía de él; Cristo hace treinta años, y yo ahora con él!

«Esto no obstante, vivo.» Crucificado, y sin embargo, vivo, á pesar de ser la crucifixión pena de muerte!

La crucifixión de Cristo, lleva la ira y la maldición de Dios sobre el pecado. La paga del pecado es la muerte, y para el hombre mortal, la muerte del cuerpo y la del alma, y eso para siempre!

Pero yo estoy crucificado con Cristo, y en compañía de él, he llevado la pena del pecado; esa pena es la de una doble muerte, y sin embargo, vivo! Estoy ahora vivo, y con una vida cuyo fuego no cesará nunca de arder, mientras resplandezca la gloria del trono del Señor. Porque con Cristo es con quien yo estoy crucificado, escondido en él, y escondido con tanta seguridad en el secreto de su tabernáculo, que las angustias que sufrió en el jardín; los crueles azotes y la corona de espinas que recibió; y las heridas que le causaron los clavos y la lanza, agotaron en él todo su encono y no pudieron alcanzarme á mí! Yo estoy crucificado en mí Substituto, y por lo tanto vivo, y vivo como hombre crucificado.

Y con todo, no yó. Yó y no yó. Yó moriré, y con todo, no yó. Yó vivo, y con todo, no yó, no el viejo yó.

Porque cuando pude celebrar semejante unión con Cristo, y cuando tuve acceso y entrada á la Roca de los siglos que él simboliza, vino su muerte á sustituir á la mía, esa muerte que por ningún motivo merecía, vino en lugar de la que yó, bajo todos aspectos, debería sufrir; y de esa manera, haciéndose su muerte legalmente la mía, dió por resultado que yó hubiera sido una nueva criatura. «De consiguiente, si cualquier hombre está en Cristo, es una nueva criatura.» «Las cosas viejas han pasado,» el «hombre viejo,» la «vieja naturaleza,» «todo se ha hecho nuevo.» 2 Cor. 5; 17. «Os habeis despojado del hombre viejo con los hechos que le son propios, y os habeis revestido del hombre nuevo, que se ha renovado en conocimientos segun la imagen de Aquel que lo creó.» Col. 3; 9; 10.

«Renovado en el espíritu del alma, el hombre nuevo se revistió de lo que, segun Dios, ha sido establecido en justicia y verdadera Santidad.» Efe. 4; 22-24. «Porque somos su hechura, creados en Cristo Jesus para obras buenas.» Efe. 2; 10. Y el yó que ahora vive, es esta nueva criatura. No hay duda que subsiste el mismo cuerpo viejo, y las mismas facultades mentales, sin que nada se les haya añadido ni quitado; y las mismas facultades morales, pero han recibido una nueva vida. Brota una pobre yer-